

«Le pelerinage de Santa Cruz» La romería más importante de Francia ¹

CHRISTIAN FLORES
Université d'Angers

El jueves 28 de mayo de 1981, día de la Ascensión, unos 60.000 «Pieds-Noirs» ² se reunían en la breña de los alrededores de Nîmes, en el Mas de Mingue, para honrar a la Virgen de Santa Cruz, cuya estatua dominaba antaño la bahía de Orán ³.

Todos, o casi todos los «Pieds-Noirs» del Oranesado, y otros, habían llegado de todas partes de Francia e incluso de España (Alicante). Muchos blandían carteles que indicaban su procedencia ultramarina: Relizane, Pèrrégaux, Saint-Denis-du-Sig... Los de Argen habían venido también.

Las familias volvían a encontrarse en un ambiente ruidoso y brillante en el que predominan los olores de charcutería mahonesa, turrón y otras especialidades culinarias.

Sin embargo, el motivo de la reunión era religioso. Como suele acontecer

¹ La romería de Santa Cruz, cuya denominación en francés no es «Sainte Croix», sino «Santa Cruz» (detalle que tenemos que subrayar) es cuantitativamente la segunda manifestación francesa después de la fiesta anual del Partido Comunista Francés. Naturalmente, no establecemos un paralelo con las manifestaciones de Lourdes, dado que sus participantes no constituyen un grupo tan homogéneo como el de Santa Cruz. Las peregrinaciones de Lourdes son internacionales. La de Santa Cruz es orano-francesa.

² Se llaman «Pied-Noirs» los franceses (de origen diverso) que vivieron en Argelia entre 1830 y 1962. Llevaron este nombre después de la descolonización.

³ Se trata en realidad de una copia, ya que la verdadera imagen ha quedado en Orán.

cada año, iban a llevar a hombros a la Virgen de Santa Cruz en medio de una concurrencia fervorosa y entusiasta. Luego, llegarían a la plataforma del santuario sobre la que se diría una misa cantada. ¿Simple reunión folklórica o grandiosa manifestación colectiva destinada a perpetuar en tierra de exilio el recuerdo del pasado?

Tanto los que van a la romería de Santa Cruz como los que la organizan, sin duda consideran que esta concentración es la más importante entre todas las manifestaciones «pied-noires». La única capaz de preservar la cohesión de una comunidad cuya muerte se precisa cada día más desde 1962.

Para entender el interés de esta expresión colectiva de un sentimiento religioso o seudoreligioso como veremos, hace falta remontarse a las fuentes históricas y atravesar el Mar Mediterráneo.

En 1849, Orán es una ciudad relativamente próspera. El antiguo presidio español es ya la capital de una de las tres provincias argelino-francesas: el Oranesado. Sin embargo el aire oranés no es muy sano. Resulta necesario arreglar y restaurar lo que queda del seísmo de 1790, el agua potable falta a veces y en 4 de julio de 1849, Marc Dupuy, médico civil, denuncia la insalubridad de la ciudad⁴. Además se anuncian casos de cólera en las costas del Mediterráneo.

La epidemia ya había herido profundamente a la ciudad con anterioridad y un penoso recuerdo obsesionaba a las autoridades. Rápidamente, se arreglaron casas con vistas a recibir y aislar los futuros enfermos. Pero el cólera estaba presente ya, y en 14 de octubre de 1849, la ciudad estaba infectada.

La muerte arrastraba familias enteras, diezmaba varios barrios y se abrían anchas zanjas para enterrar los muertos. Todas las previsiones fueron sobrepasadas rápidamente y las ciudades de la provincia ofrecían a su vez signos de contaminación.

Pese a la movilización y esfuerzos del ejército y de los miembros de la Iglesia (sobre todo las Hermanas Trinitarias), nada permitía augurar una baja de la mortandad.

Desanimado, el general Pelissier, comandante de la provincia, se dirige entonces al señor cura Suchet, vicario general de Argel:

«¿Señor cura, duerme usted? ¿Ya no conoce su trabajo? El cólera... ni usted, ni yo, ni nadie puede hacer algo... no soy cura pero soy yo, Pelissier, quien le digo: Organice procesiones, póngame una imagen de la Virgen allí [indicándole la colina de Santa Cruz] y ésta se encargará de echar el cólera al mar...»⁵.

El vicario general hubiera tenido motivos de reaccionar contra las razones

⁴ 130^o anniversaire de Notre-Dame de Santa-Cruz, 1849-1979, folleto publicado por la «Asociación de los Amigos de Santa Cruz», 1979, pág. 11.

⁵ Cfr. Monseñor PONS, *La nouvelle église d'Algérie*, Túnez, 1930, pág. 73.

algo despectivas del general Pelissier⁶, pero siguió su sugerencia. Organizó varias procesiones por la ciudad, y la del 4 de noviembre reunió todos los notables de la plaza. Aquel 4 de noviembre, al amanecer, se invadió la iglesia de San Luis de Orán (construida en el coro de una antigua capilla española) y una procesión comenzó a moverse. Un deseo febril la animaba: sólo un milagro podía salvar a Orán. La hilera bajó hacia el mar y llegó a una colina donde una imagen de la Virgen, hasta aquel entonces llevada por pescadores italianos, fue colocada cuidadosamente. De cuando en cuando, brotaban invocaciones que hacían recordar las saetas españolas⁷. Luego, la procesión regresó a la ciudad.

El mismo día, por la noche, un «milagro» se produjo: una lluvia nutrida cayó durante mucho tiempo. El agua purificadora mejoró las condiciones sanitarias e hizo bajar la mortalidad hasta un nivel normal. La Virgen había contestado a los requerimientos de la población.

Meses después, en 9 de mayo de 1850, jueves de la Ascensión, se organizó una ceremonia religiosa.

Los pescadores italianos llevaron de nuevo la Virgen milagrosa y salvadora y la colocaron encima del Pico de Aïdour, colina de 400 metros donde don Alvaro de Bazán y Selva, marqués de Santa Cruz, había construido una fortaleza. El Pico de Aïdour iba a convertirse en colina de Nuestra Señora de Santa Cruz.

Aquel 9 de mayo, miles de personas rindieron un homenaje ardiente a la Virgen e iniciaban la peregrinación anual que conocemos hoy.

Cabe preguntarse por qué se escogió el mes de mayo para la peregrinación mientras el milagro se había producido en noviembre. El aniversario lógico hubiera sido —nos parece— el 4 de noviembre. Podemos imaginar que, llegado el mes «marial» (mayo = mes de María) los feligreses agradecieron de una manera particular la buena acción de Ntra. Sra., realizada pocos meses antes. Así es que se retuvo seguramente la fecha para reiterar al acto solemne, cuanto más que se suele poner al ciclo ceremonial de mayo en relación directa con el agua. Pertenece a este ciclo la creencia, admitida en muchos países, de que la

6 Hasta 1845, la iglesia argelina tuvo dificultades para desarrollarse. La administración francesa no quería despertar la animosidad de los religiosos musulmanes. Por eso, frenó abiertamente el trabajo de los católicos en la colina. Nuestro párroco fue muchas veces «víctima» de las molestias de la administración colonial (como su obispo, monseñor Dupuch).

Cf. Canónigo J. TOURNIER, *La conquête religieuse de l'Algérie (1830-1845)*, Paris, 1930, págs. 89-96.

7 No olvidemos que sobre 19.000 habitantes oranenses, los españoles forman en 1846-47, más o menos, la mitad de la población: 9.127 españoles / 6.900 franceses / 1.500 italianos / 1.500 alemanes... Los musulmanes (2.500-3.000 en 1946) figuraban en aquella época en los censos globales. (J. TOURNIER, *op. cit.*, cifras dadas pág. 157). Datos más amplios en la obra básica de J. B. VILAR, *Emigración española a Argelia (1830-1900). Colonización hispánica de la Argelia francesa*. Madrid, 1975.

lluvia de mayo es benéfica⁸. De tal forma que «el milagro de la lluvia» parece merecer plenamente un ceremonial fijado durante el mes de mayo.

Cada año, los oraneses atravesarán la provincia para venerar a la Virgen, su Virgen, pues en poco tiempo harían de Santa Cruz la patrona de la ciudad y de la provincia entera.

De todo el Oranesado llegaban los peregrinos que habían viajado días y días. Algunas mujeres subían de rodillas la colina desde el barrio español: la Calera o la Marina. El fervor religioso, exuberante y popular, culminaba durante las procesiones. Además, el humor estaba también presente. Un oranés nos contó cierto día, que algunos lanzaban la apuesta de que podían subir hasta el santuario con garbanzos en los zapatos. Los que cumplían, nos dice nuestro informador, habían pensado en mojar los garbanzos previa y maliciosamente para que estuvieran más blandos y fuera la ascensión más fácil.

Sin embargo nos parece importante interrogar a ese fenómeno colectivo que sacudía cada año al Oranesado. ¿En qué terreno y según qué mecanismos una sencilla peregrinación se convirtió en representación simbólica de la comunidad?

Hace falta subrayar qué si la peregrinación de Santa Cruz fue un éxito total en el Oranesado, es que, en un momento dado del forjamiento de la provincia, parecieron darse todas las condiciones favorables.

En primer lugar, aunque los musulmanes no participan en la peregrinación, cabría afirmar que nunca fueron contrarios a ella. La verdad es que se dan en su religión un conjunto de preceptos religiosos propicios⁹.

Siendo muy profundo su sentimiento religioso, no miraban con malos ojos al europeo que rezaba, y «cuando sacerdotes se presentaron a ellos (nos dice Jules Tournier) manifestaron alegría y trabaron amistad con aquellos hombres de religión francesa, aquellos hombres de Dios. Ellos mismos ofrecieron sus mezquitas para que se establecieran «morabitos» franceses y se complacieron en asistir a las ceremonias...»¹⁰.

Vemos pues que los musulmanes entraron en buena inteligencia con los que iniciaron la peregrinación.

Por el lado de los europeos, queda claro que una gran ceremonia que reuniera toda la población en un consenso religioso, faltaba en el Oranesado.

El fervor piadoso de la gente humilde que poblaba el territorio era intenso y las infraestructuras eclesiales resultaban, en el período que precede a la creación de la peregrinación, demasiado precarias.

Orán no poseía más que un cura y dos vicarios (uno de ellos español) para

8 Cf. A. VAN GENNEP. *Manuel de Folklore français*, Paris, 1949, págs. 1445-1448.

9 Cf. B. RACHID. *Vie quotidienne en Algérie*, Hachette, Paris, 1971, págs. 85-92.

10 J. TOURNIER. *op. cit.*, pág. 92.

atender el servicio religioso de la ciudad, de sus barrios extremos y de los pueblos de las afueras (hasta Saint-Denis-du-Sig)¹¹. En cuanto a los españoles que constituían el núcleo de la población oranesa, podemos pensar que, una vez en tierra de exilio, echaban de menos las fiestas religiosas a las que estaban acostumbrados en su país natal¹². Siendo la religión, para aquellos emigrantes, la forma más natural y segura de conservar la cohesión de la comunidad y asegurar la «protección» de ella, fueron sin duda los músculos motores de la peregrinación de Santa Cruz. No olvidemos que en España, tierra que habían abandonado hacía poco, las celebraciones religiosas ejercían en lo que a las calamidades se refiere importantes funciones conjuratorias¹³. Incluso en los períodos de anticlericalismo, la piedad colectiva nunca dejó de exteriorizarse...¹⁴

La peregrinación de Santa Cruz fue promovida, en consecuencia, sobre terreno propicio y sostenida por creyentes, hasta aquel entonces privados de una gran manifestación religiosa.

Durante 132 años, Santa Cruz iba a conocer días florecientes. Luego, llegaron los trágicos años de la descolonización (1962...) durante los que el pueblo oranés —en gran parte descendiente de españoles (será necesario repetirlo de nuevo)— conoció el exilio.

Muchos se establecieron en las zonas meridionales de Francia. Otros, cuyas afinidades con España perduraban todavía¹⁵, se instalaron en las provincias levantinas de la Península.

La muerte de una comunidad empezaba a preciarse lenta y claramente...

Sin embargo los oraneses de Francia decidieron perpetuar y alimentar el recuerdo. Organizaron una reconstitución de la peregrinación oranesa.

Se estableció cerca de Nîmes un santuario cuya cúspide era una estatua, fiel reproducción de la Virgen de Santa Cruz.

En 31 de mayo de 1973, el antiguo obispo de Orán monseñor Lacaste

11 La peregrinación de Santa Cruz tuvo émulas. En Saint-Denis-du-Sig, la población había sufrido entre 1847 y 1854 terribles calamidades: cólera, disentería... Se decidió erigir un monumento en un colina y venerar a una imagen de la Virgen que había realizado (ella también) ciertos milagros. Las obras empezadas en 1861 se terminaron en 1862. Poco después, hubo una peregrinación anual, la de «Notre-Dame du Bon-Rémede».

Después de 1962, la imagen se juntó con otras de la Virgen María (Nuestra Señora de Misserghin, Virgen de San Hipólito de Mascara) en el santuario de Santa Cruz en Nîmes. Los oraneses las llaman «las estatuas del exilio».

En «Notre-Dame du Bon-Rémène», revista *AMITIE*, Marseille, N.º 143, abril 1981.

12 Cf. para hacerse una idea del fenómeno: J. CARO BAROJA, *Estudios sobre la vida tradicional española*, ed. Península, Barcelona, 1968.

13 B. BENNASSAR, *L'homme espagnol, attitudes et mentalités*, París, 1975, págs. 125-126.

14 J. DESCOLA, *La vie quotidienne en Espagne au temps de Carmen*, París, 1971, pág. 73.

15 Hemos de saber que resultaba difícil conservar su hispanidad bajo la administración francesa de la colonia, que imponía a los emigrantes las normas de la metrópoli.

inauguró al santuario. Nîmes llegó a ser «la diócesis de la dispersión». Santa Cruz la representación mítica del país perdido.

En esta reconstitución, España queda presente todavía. Cada año, alrededor del obispo, están sacerdotes de la ex-diócesis de Orán de patronímicos hispánicos: los señores Díaz, Pérez, Caparrós, García, Escolano, Diego, el canónigo Llopis...

Los oraneses «chachent»¹⁶ tanto en español como en francés, y son entre 50.000 y 70.000¹⁷.

La verdad es que España ha marcado profundamente este fenómeno...

De otro lado, cada año, la ola de participantes aumenta y parece alcanzar proporciones descomunales. Curiosa revelación cuando sabemos que las peregrinaciones francesas del ciclo ceremonial de mayo están en vía de desaparición y que el folklore de la Ascensión no es muy rico en Francia¹⁸.

¿De dónde viene, pues, este renacer de la fiesta? Del Oranesado claro, pero también de las regiones levantinas españolas que, a través de sus emigrantes instalados en la colonia francesa, han asegurado el tránsito de costumbres y tradiciones religiosas originales.

A modo de conclusión, interroguémonos sobre el carácter estrictamente religioso de la fiesta, tal como la podemos vivir en Francia.

Daniel Leconte nos dice que la manifestación ha perdido su aspecto religioso original¹⁹. Es cierto, pero ¿no asistimos a un fenómeno que, aunque resulten escasas las motivaciones piadosas primeras, corresponde a una necesidad religiosa inconsciente?

El oranés de Santa Cruz conserva, lo quiera o no, huellas de un comportamiento religioso atávico: No se trata sólo de veneración a la Virgen María sino también de culto al país perdido.

El grupo, cerca de Nîmes, busca alcanzar con empeño a un objetivo preciso: asegurar la salvaguardia de una pertenencia. Y es así que por conducto «litúrgico» la supervivencia ficticia del territorio se mantiene. De este modo, la romería de Santa Cruz desempeña un papel primordial: constituye un «manantial» que permite crear de nuevo tanto al país perdido como renacer reintegrando una especie de tiempo mítico. Anualmente el «Pied-Noir», privado de su patria, regresa al «illud tempus». De esta manera vuelve a ser el «contemporáneo» del que fue en un tiempo ideal.

16 El verbo «chacher» es un calco lingüístico de «chacharrear». Este verbo es un ejemplo (entre otros muchos) de la transformación del francés hablado en el Oranesado bajo la influencia del catalán y el castellano.

17 Cifras dadas por los periódicos franceses: *Midi-Libre*, 16 de mayo de 1980 (50.000), *L'Aurore*, 16 de mayo de 1980 (70.000).

18 A. VAN GENNER. *op. cit.*, pág. 1.649.

19 D. LECONTE. *Les Pieds-Noirs*, ed. Seuil, París, 1980, pág. 275.

Pues bien, vemos qué marcado, aunque inconscientemente, resulta el comportamiento religioso del oranés en Santa Cruz.

El santuario ha llegado a ser una verdadera casa cultural, un lugar «sagrado» que valoriza la existencia episódica de la comunidad entera (1830-1962: 132 años de vida) y la prolonga.

Instalados en Francia, los oraneses han erigido un santuario que fuera su «abanderado», tal como los conquistadores españoles o portugueses hincaban una cruz en el suelo cuando se adueñaban de un nuevo territorio. El hecho de «marcar» y «consagrar» un espacio representa para ellos un segundo nacimiento de la comunidad. En efecto, este renacer era sin duda imprescindible porque Francia, aunque fuese la «madre patria» no era sino una tierra desconocida para muchos de ellos.

Con la peregrinación de Santa Cruz recuperaban su nueva y propia patria.